

EN PUNTO



particular. La obra, en suma, se cumplió, escena tras escena, canción tras canción, sin que nadie viese aflorar lo que, de alguna manera, esperaba: una cita con la revista de otra época. El popular pasodoble «Banderita española», con el anárquico cuerpo de baile vestido de rojos y amarillos, señaló el punto culminante de la decepción. Sólo Rubén García, un experimentado actor de revista, componía con equilibrio su personaje e imponía, más allá de la simpatía de Angel de Andrés o la entusiasta presencia de la «vedette», un trabajo modesto pero sólidamente elaborado. La orquesta, en el foso —palabra fúnebre, que debiera tal vez reservarse para las orquestas desatinadas—, sonaba de un modo terrible. El público, a pesar de tratarse de un lunes, abarrotaba el teatro. Los telones con claveles, abanicos y purpurinas subían y bajaban a cada instante. Angel de Andrés tenía que replicar a un orador del gallinero que, empeñado en ser gracioso, perturbaba la representación; luego, el mismo actor dedicaba una audaz coplilla al bailarín Antonio y a toda su familia, sentados en uno de los palcos de proscenio.

Pero esto no es ni la crónica de la representación ni su crítica. «Las corasias» es sólo el justificado pretexto para señalar los increíbles niveles actuales de nuestro teatro frívolo.

Piensa uno, ingenuamente, que si en los escenarios españoles sólo suelen hacerse vodeviles, algún melodrama de tesis y bastantes revistas, lo lógico es que tales cosas se hagan bien o, cuando menos, con buen oficio. ¿Cuántos años no llevan ya «las chicas» de aquí

y de allá levantando las piernas y los brazos? Uno diría que el problema de la sincronía y de un mínimo de encanto físico debe estar archiresuelto. Y lo mismo pensaría de los decorados, de los libretos, de las «vedettes», de los actores, de las orquestas, etc. Será malo, pero estará discretamente hecho. Y hasta, probablemente, habrán una serie de trucos eficaces y de cierta brillantez... No, no, nada de eso. Nuestra revista, a juzgar por estas «Corasias», anda muy por debajo de nuestras divertidas comedias selectas. Si, sí, aun puede hacerse peor y, decididamente, montajes y obras que nos parecieron en su día una calamidad habrá que estimarlas muy decorosas a la vista de lo que se hace en los espectáculos frívolos, por definición, espectáculos a los que no debiera faltar el encanto y la perfección mecánica. Quizá venga a cuento una vieja cita de Alcalá Galiano quien, allá por 1830, escribía: «Los géneros más ligeros de la literatura podrán ser cultivados, no obstante las dificultades que entorpecen la proyección de obras de más alto vuelo, pero la observación es sólo verdadera en parte. Porque las mismas influencias que impiden el desarrollo de las facultades superiores del entendimiento, actúan también en perjuicio de las más ligeras aspiraciones y esfuerzos de la fantasía y del intelecto». Aceptémosle al sagaz Alcalá Galiano la solemnidad un tanto decimonónica de su lenguaje; sin duda, tenía razón. Porque, según se ve, elegir «Las corasias» a falta de una buena obra en cartel es un error y una terrible ingenuidad. ● J. M.

por delante». Se trataba de una comedia que intentaba una aproximación a la «realidad doméstica» —en palabras del autor— del país, a través de una óptica amarga y desesperanzada, pese a la apariencia sainetesca, porque la cuestión se centraba en el porvenir de una pareja de recién casados. Miguel Mihura, Alfonso Paso y Juan José Alfonso Millán han sido algunos de los autores adaptados posteriormente por Fernán-Gómez en películas poco afor-

principio, «El crimen de Mazarrón» —no es, como pudiera parecer en un principio, la crónica de un suceso, sino un intento de representación esperpéntica de algunos traumas habituales en nuestra sociedad. Pocas películas españolas como ésta habrán sido tan veraces en la descripción de un estado de ánimo colectivo represivo. La historia se articula alrededor de unos cuantos personajes que manifiestan esa amargura ante la vida por delante que ya había tratado Fernán-Gómez. Carlos Larranaga es un músico de una orquesta cuya máxima ambición es conseguir dinero para formar una compañía propia de zarzuela. Lina Canalejas es la empleada de una mercería que sueña con casarse como única posibilidad de realización. Sara Lezana es una muchacha excesivamente atractiva para las necesidades insatisfechas de sus vecinos. Pero el interés de estas vidas paralelas, inmóviles en su posibilismo, se concentra en los tres hermanos que viven en la mejor casa del pueblo: Rafaela Aparicio, estupendamente dirigida por Fernán-Gómez; Jesús Franco, en una especie de versión «sui generis» de Peter Lorre, y Tota Alba, como la mujer que manifiesta una sorprendente imaginación erótica. Es en la descripción de las relaciones de los miembros de esa familia —una especie de «I pugni in tasca» a la española— donde se revela con mayor fuerza el talento sarcástico de Fernán-Gómez. La escena en que los dos hermanos revuelven la habitación de la hermana



tunadas. En la actualidad, rueda nuevamente una versión de una pieza de Paso. No hay solución: Fernando Fernán-Gómez, autor de uno de los films más audaces y corrosivos del cine español, ¿habrá de conformarse con el apelativo de «realizador maldito»? Porque «El extraño viaje» es una auténtica película «maldita» del cine español, por las circunstancias de su estreno y la indiferencia con que ha sido recibida. Y parece ser que Fernán-Gómez cuenta en su filmografía con otro título «maldito»: «El mundo sigue». Demasiado, para una cinematografía que no puede permitirse estos despilfarros. «El extraño viaje» —titulada, en un

asesinada —con el momento culminante en que Rafaela Aparicio finge probarse una sofisticada pieza de ropa interior— alcanza un grado de patetismo y significación que serviría para garantizar el talento crítico y revulsivo de Fernán-Gómez como realizador. Hay imágenes insólitas, perspectivas nuevas, nunca abordadas por el cine español: la forma en que está tratada la relación entre Carlos Larranaga y Tota Alba, por ejemplo. El travesti del actor, pasando modelos femeninos ante la ávida mirada de la mujer constituye uno de los fragmentos más extraordinariamente sugerentes de todo el cine español. ● J. G. D.

Quando ya no se tiene la vida por delante EL EXTRAÑO VIAJE DEL SEÑOR FERNAN-GOMEZ

En un panorama como el del cine español, neutro, átono, conmovido sólo por las cabalgatas y las hemorragias de los «spanish-westerns» o los trinos de las estrellas canoras o las despreocupadas correrías de los alegres chicos y chicas de Masó, resulta perfectamente injusto que se haya estrenado de tapadillo, en una sala madrileña de segundo orden, la película de Fernando Fernán-Gómez, «El extraño viaje», a los cinco años de su realización. Porque este film es, ni más ni menos, una

de las aportaciones más valiosas a ese cine español preocupado por examinar la realidad desde una perspectiva crítica.

Como director, Fernán-Gómez no ha tenido mucha fortuna: su carrera se inició con una película que dirigió en 1953 con Luis M. Delgado, «Manicomio». Hizo después «El mensaje» y «El malvado Carabel». De estas películas, el propio Fernán-Gómez prefirió no hablar, aceptando en cambio la que hizo a continuación, en 1958: «La vida



COLABORAN: Juan Aldebarán, César Alonso de los Ríos, Art Buchwald, J. García de Dueñas, Eduardo G. Rico, Eduardo Haro Tecglen, Antonio Javaloyes, A. López Muñoz, Víctor Márquez Reviriego, José Monleón, César Santos Fontenla. FOTOS: Cifra y Archivo.